

### Es reciprocidad lo siguiente?

El religioso en la tradición ignaciana ha sido siempre una persona *para* los demás. Como amigos en el Señor, nosotros hemos sido también personas *con* los demás. Es decir, hemos vivido regularmente en comunidad, hemos trabajado juntos apostólicamente, hemos creado nuestras propias instituciones, y hemos cuidado nuestras propias tumbas.

Ahora nos encontramos trabajando con otros, en un sentido más amplio y quizás más profundo, como colegas, colaboradores, e incluso socios. Nosotros religiosos comenzamos a darnos cuenta que estar con otros en el ministerio, en esta época de los laicos, va a influir en nuestra manera de ser, en quiénes somos nosotros, en nuestra identidad dentro de la amplia tradición ignaciana. La última Congregación General Jesuita, de una forma muy notable, aceptaba esto como un hecho. La Congregación describía a los Jesuitas como “hombres *para* los demás y *con* los demás”. Y continúa en su famoso documento 13 declarando brevemente: “ser hombres con los demás es un aspecto central de nuestro carisma y profundiza nuestra identidad” (CG34, doc 13, “Colaboración con los laicos en la Misión”). Otras Congregaciones Ignacianas habían dicho lo mismo. Todos nosotros tenemos que clarificar cómo los laicos encajan en nuestro carisma religioso y cómo estar con los demás profundiza nuestra propia identidad. Ninguno de esos dos puntos está claro actualmente, y las incógnitas que suscitan están generando tensión y requieren oración y reflexión serias.

El P. Peter Hans Kolvenbach promovía, hace diez años, esa reflexión en una larga carta, que se reproduce más adelante en estas páginas, “A los Amigos y Colegas de la Compañía de Jesús”. Haciéndose eco de muchas otras Congregaciones Ignacianas, que indican que debemos oír a nuestros amigos y colegas seculares, el P. Kolvenbach invita a un diálogo abierto (Carta, nº 4). Diez años más tarde esta publicación suscita de nuevo el diálogo. Un buen número de colegas experimentados – seculares, religiosos, jesuitas – han leído

de nuevo la carta, a petición nuestra, y han reflexionado después sobre su propia experiencia, desde su publicación. Las respuestas arrojan luz sobre algunos de “los retos con que tenemos que enfrentarnos”, a lo largo de este “difícil camino” (nº23). Esperemos que también nos ayuden a traer a “la oración y al debate” los pasos que vamos dando, los resultados que vamos obteniendo, y las dificultades que vamos encontrando (nº 24).

Las respuestas son complejas y en muchos casos te hacen sentirte incómodo. La mayoría son animadoras, llenas de intención y vigor. Algunas abren nuevos horizontes. Más de una es perturbadora. Tomadas en su conjunto son testimonios de un trabajo en marcha, más o menos avanzado en distintos sitios, y un trabajo que se desarrolla por caminos complicados.

Pero, ¿podría realmente ser el trabajo simple? Durante generaciones los portadores exclusivos de la espiritualidad ignaciana han sido religiosos, hombres y mujeres, que han entregado todas sus vidas al servicio de Cristo en la Iglesia: Hermanas del Cenáculo, Doroteas, los Oblatos de la Virgen María, Hermanas de San José. Todos han entendido la espiritualidad y el carisma, y podrían hablar con autoridad sobre el tema.

De manera natural cuando los religiosos comenzaron a tener *colaboradores*, nosotros tomamos la iniciativa. Cuando avanzamos más y llegamos a ser *colegas*, tuvimos que pensar que se trataba de algo que estábamos creando y ofreciéndolo a los demás. Incluso cuando se comenzó a hablar de *socios* (“partners”) en algunos ministerios y comunidades, nosotros, religiosos, todavía pensamos que es sociedad a lo que tenemos que aspirar. Esa sociedad afecta principalmente a lo que hacemos y a cómo lo hacemos, no a los que somos: nuestro carisma central y nuestra identidad permanecen como antes, pero más profundos.

Bien, como un jesuita dijo jesuíticamente, hay pros y contras en ambos lados de esas afirmaciones. Nos enfrentamos aquí con un cambio, que se manifiesta lentamente y que no es fácil detectar. Y cuando lo percibimos es difícil aceptarlo. Estos párrafos, y toda esta publicación, intentan ayudarnos a todos – colaboradores, colegas, socios – a reflexionar sobre el camino por donde nos lleva el Espíritu Santo hacia lo que venga después.

Los centros de enseñanza fueron los primeros en hacer el movimiento desde tener compañeros de trabajo (*empleados*) a tener *colegas* seculares. Han ido haciendo este movimiento a través de todo el mundo, aunque de manera desigual; algunos han sido más rápidos que otros. Algunos centros están donde estaban en 1966, cuando la Congregación General Jesuita pidió que las retribuciones y las condiciones de trabajo fueran justas, y que los laicos ocupasen también posiciones directivas (incluso la dirección).

Hace treinta años los Jesuitas y otros esperaban que los colaboradores les ayudasen a mantener los centros abiertos. Todavía hay algunos que tienen que esperar eso. Pero la mayoría han comenzado a buscar colegas que les ayuden a mantener los centros ignacianos. Este cambio ha sido un avance lleno de esperanzas, pero no es fácil de encauzar. Ha llevado a los religiosos un buen período de tiempo aprender que el carisma ignaciano auténtico no puede ser moneda de intercambio. No puede darse el carisma a cambio de lealtad a la institución. La espiritualidad ignaciana auténtica no puede ser tratada así (ninguna espiritualidad, de paso). Así que el “Proyecto Pedagógico Ignaciano”, que invita a los colegas seculares a una experiencia personal de espiritualidad ignaciana y a adoptarla como propia, ha ayudado a convertir empleados en colaboradores y colaboradores en colegas (ver el AJAA de Australia, Robyn Treseder). El proyecto ha encontrado una ayuda en la tendencia general de la cultura global hacia la espiritualidad. Hasta hace muy poco tiempo el ofrecer espiritualidad a los laicos parecía raro e incluso sin importancia. Hoy, ofrecer espiritualidad a los colegas seculares no se considera ya ni siquiera un esquema inocente para conservar el centro a flote. Y es que el caso es completamente diferente. Son los seculares los que piden espiritualidad, incluso con insistencia.

De hecho estos colegas seculares son gente creadora con deseos propios, y han avanzado la colaboración hasta su próxima etapa. Conservando su identidad como seculares, hombres y mujeres, ha adoptado la espiritualidad ignaciana como propia, y están ahora de forma espontánea haciendo partícipes de ella a otros colegas (ver Filipinas, Cristina Ong y Arsenio Núñez). Ellos se han cambiado, a su manera, de colegas en socios, y así se llaman a sí mismos. La mayoría sienten que están participando de un carisma que de alguna forma es cosa de religiosos, y los religiosos – al menos los

Jesuitas – se comportan, con demasiada frecuencia, como si tuviesen la misma idea. Pero esa idea de que los laicos van a participar del carisma de los religiosos, no está destinado a perdurar. Después de todo ya sabemos que los laicos no tienen intención de ser jesuitas de tono menor, como pequeños SNDs, o cualquier otra imitación semejante. Así parece que estamos en un estadio transicional, en el que el carisma ignaciano se define en formas laicas. Ya está apareciendo alguna forma de rasgos independientes, quizás obligada por las circunstancias que se dan en Vuselela, Johannerburgo (ver Sud-África, Annemarie Poulin-Campbell).

La educación es un campo fértil para que se transformen los colaboradores en colegas, y en socios. Otro campo fértil ha sido la espiritualidad. Merece la pena revisar este crecimiento de la espiritualidad, porque es lo que ha llevado a los laicos hacia los *Ejercicios Espirituales* y a adoptar la espiritualidad ignaciana como espiritualidad laica.

Las casas de Ejercicios en la mitad del siglo pasado gozaban de la colaboración de los laicos para llenar los retiros de fin de semana, que enseñaban una espiritualidad ignaciana viable para la vida ordinaria. Los retiros de fin de semana comenzaron a perder clientes en muchos sitios, en la generación anterior a la actual, y los religiosos a cargo de las casas de Ejercicios tenía que trabajar mucho para llenarlas. Algunas casas todavía ofrecen retiros de fin semana, y los religiosos a veces piensan que están preparando colaboradores laicos para mantener las casas abiertas – exactamente como lo pensaron antaño los centros de enseñanza. Pero es importante notar que los laicos esperan con gran confianza que las casas sobrevivirán. Donde se les invita a ello, se convierten en colaboradores y ayudan a que el ministerio se transforme, no limitándose meramente a traer a otros a los Ejercicios, sino ayudando a moldear la misma experiencia. Parece que se trata realmente de algo más que la supervivencia en esta asociación. En especial donde la palabra parroquia no constituye todavía una comunidad sustancial, los laicos necesitan instituciones de espiritualidad, estables y claramente visibles. Ese fin lo cumplen las Casas de Ejercicios.

Las casas, por todo el mundo, han ido respondiendo a las necesidades de la gente y se han ido desarrollando hasta convertirse en centros, que forman parte de la vida parroquial, ofrecen programas temáticos y de renovación,

y dan formación a los guías espirituales seculares. Las casas han fomentado el desarrollo de la espiritualidad en el último medio siglo, y esto ha movido a muchos laicos, de maneras muy distintas y en grados diversos, a acercarse al carisma ignaciano.

En casi todas las casas de Ejercicios ignacianos, los religiosos han abierto camino para los Ejercicios con dirección personal. Este es un trabajo intenso, que requiere bastantes directores. Por eso las Casas de Ejercicios Jesuitas, que iniciaron esos ejercicios personalizados, comenzaron hace unos veinte años a pedir la ayuda de las religiosas, y después de seculares, hombres y mujeres. Algunas casas de Ejercicios ignacianas, es cierto, están llevadas exclusivamente por Jesuitas u otros religiosos, pero ha surgido ya el modelo que manifiesta su destino. O se abren con amplitud o tendrán que cerrarse.

Los Jesuitas invitan con facilidad a religiosas a formar parte del equipo de la casa, y más adelante a los seculares. De alguna forma este ha sido el paso más fácil. El más difícil es crear un trabajo de auténticos colegas, que en este caso significa al menos un intercambio libre y abierto de puntos de vista y práctica profesionales. En la realidad hoy, ser colegas va más allá de ese mínimo. Significa actuar como equipo, no sólo hacer planes y seguir las mismas normas, sino pensar y orar en común, y aplicar los *Ejercicios Espirituales* al nivel cultural de los ejercitantes. Los Jesuitas, en opinión de muchos, no han tenido un éxito uniforme en abrirse a sí mismos a este trabajo de colegas. La mayoría de las casas tienen ahora religiosos y colegas seculares. Unas pocas están llevadas por equipos de genuinos colegas. Este no parece ser lo corriente. Lo común parece ser un grupo manejable de personas variopintas, colaboradores, y no un equipo de socios. Cualquiera que sea el caso, pocos equipos se han desarrollado tanto como el de Villa Kostka en Itaici, o Rainhill cerca de Manchester (ver Raul Paiva de Brasil, y Ruth Holgate de Gran Bretaña).

*gradualmente en esta historia maravillosa, los laicos se han convertido en colegas de los religiosos*

Si echamos una amplia mirada, notaremos que el crecimiento hacia la espiritualidad durante los pasados años veinte, e incluso antes, no tuvo lugar solamente en las casas de Ejercicios. Hay otro elemento que debemos tener

en cuenta: la explosión coyuntural de popularidad de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. Los Ejercicios, para expresar algo muy sabido, han figurado preeminentemente en el crecimiento en los laicos de la espiritualidad ignaciana. De algún modo, los Ejercicios son populares porque los religiosos los han estado promoviendo durante más de medio siglo – Jesuitas, el Cenáculo, los Fieles Compañeros de Jesús – ¿y cuántos más? Durante la primera parte de ese medio siglo, sin embargo, los laicos tenían que ir a las casas de Ejercicios para encontrar esa espiritualidad. Los laicos decidieron elegir su propio camino: Los Ejercicios de la Vida Ordinaria. El impulso para llevar los Ejercicios a la vida ordinaria del cristiano ordinario procede de los laicos. Ellos han sido la fuerza que ha movido el avance de los Ejercicios en la Vida Ordinaria, siguiendo las anotaciones 18 y 19. Los laicos los querían, los Jesuitas en ocasiones los deseaban, y después los demás religiosos han seguido la corriente. Gradualmente en esta historia maravillosa, los laicos se han convertido en colegas de los religiosos en estos Ejercicios. Hoy son ya socios, y en muchos sitios, respecto al tema de los Ejercicios en la Vida Ordinaria, son los socios más importantes.

En el cambio del milenio, pues, los religiosos y los laicos han comenzado a formar equipos integrados para dirigir los Ejercicios y llevar los centros de espiritualidad ignaciana. Este desarrollo es providencial por la llamada urgente desde todas partes a inculturar los Ejercicios. No se trata de un movimiento teórico; los guías están obligados a considerar en los casos concretos, con frecuencia muy dificultosos, lo que la inculturación permite o exige. ¿Qué es auténtico y qué es adición cultural? ¿Quién debe interpretar auténticamente los *Ejercicios Espirituales*? ¿Qué experiencia es fiable, y cómo debe ser interpretada? Las preguntas de los guías no son fáciles, y sin embargo sus convicciones son profundamente personales, por la misma identidad del que da los Ejercicios ignacianos. Estos temas empujan a los trabajan en las casas de Ejercicios y en los centros ignacianos a pasar de colegas a socios. Recientemente un buen número de estos equipos están en una situación similar a la de Seseragi, el nuevo centro ignaciano de Tokyo. El equipo se vió obligado a comenzar en plan de socios, por las necesidades prevalentes de la cultura japonesa. (ver Manuel Amorós, y Yoshiko Shinoda co-directores, Japón).

Donde equipos como el de los Santos Mártires se tratan sincera y regularmente, comunicando experiencias, ideas y fe, se convierten en socios. (ver Ramón Juste y su equipo, Paraguay). El equipo de los Santos Mártires trabaja con la idea que todos los socios tienen que contribuir con respuestas a las preguntas. El equipo sirve de modelo para el cambio de que tratamos. Hasta hace muy poco tiempo los Jesuitas y otros religiosos estaban “enseñando espiritualidad ignaciana” a nuestros colegas, haciendo todo el trabajo de interpretar, aplicar e inculturar los *Ejercicios Espirituales*, y enseñando a nuestros colegas a dirigirlos. Esta situación todavía se mantiene en muchos sitios, y no precisamente por culpa de nadie. Pero está cambiando y tiene que cambiar.

Los socios – en escuelas, parroquias, casas de Ejercicios – al haber aceptado como propio el carisma ignaciano, ayudarán a escoger lo que debe hacerse y cómo hacerlo. La experiencia de Vinicio Joaquín Morales sugiere cómo los laicos llegan a ser verdaderos socios (ver Guatemala). Ellos contribuyen con sus conocimientos propios, sus habilidades, sus experiencias, para dar los Ejercicios y ayudan a todo el equipo a mentalizarse. Ayudarán a interpretar la cultura y sus propias experiencias religiosas. Y está quedando claro que los laicos ayudarán a interpretar el carisma ignaciano. Hasta ahora esto no ha sido más que un desarrollo silencioso, pero se está convirtiendo en un vivo reto.

Cuántos han notado ese reto de los laicos no lo sabemos, pero el reto adquiere inexorablemente más volumen. La Congregación General 31 de los Jesuitas, por ejemplo, declaraba que los laicos “serán siempre para nosotros los intérpretes naturales del mundo moderno” (dec. 28, 540), así que necesitamos un vínculo más estrecho con ellos. Esta declaración hizo que algunos se alarmasen, y que unos pocos más se preguntasen si la Congregación creía que sus hermanos eran ermitaños. Los que dudaban resultaron ser los eremitas: y tal como la Congregación había dicho, los laicos nos han ayudado a conocer cómo podemos ayudarlos, y los laicos interpretan sus vidas a nosotros y para nosotros. De esta forma nos ayudan ciertamente a trabajar en nuestros ministerios, pero hacen algo más que eso. Interpretan el carisma ignaciano – el mismo carisma que está incorporado en las *Constituciones* Jesuitas. Y así va a resultar que los laicos van a ayudar a los religiosos a

interpretar incluso nuestra propia vida religiosa. Y en realidad las sociedades maduras están ya manifestando esto de forma clara (ver Mary Blickman, Holanda; y Peter Saunders, Australia).

Esta es quizás la primera lección que los laicos han enseñado a los religiosos. El carisma ignaciano no tiene como expresión única las *Constituciones* de los Jesuitas, o de las Doroteas, las Hermanas de Mary Ward, o los Oblatos de la Virgen María. De hecho los laicos preguntan si el carisma tiene que tomar cuerpo, y precisamente en unas constituciones. ¿Es posible decir que hay una espiritualidad ignaciana y un carisma para la vida ordinaria de cada día?

*¿Hay una espiritualidad ignaciana y un carisma para la vida ordinaria de cada día?*

Esto es auténticamente algo nuevo. Los laicos están viviendo el carisma ignaciano en el mundo, y lo viven como laicos, no como “religiosos de imitación” en el mundo, jesuitas pequeños o pequeñas Mary Wards. Como idea esto puede parecer tan excitante y nuevo como la idea de un viaje en avión. Pero merece la pena recordar que solamente hace veinte años una Congregación General (la 32) distinguió por primera vez, y separó, la *espiritualidad ignaciana* de la *espiritualidad Jesuita*. La distinción aparece confusa para algunos que continúan identificando *ignaciano* y *jesuita*. (ver Roswitha Cooper, Roma). Esto da lugar situaciones, como la de las Comunidades de Vida Cristiana, por ejemplo, donde los Jesuitas encuentran muy dificultoso bajarse de la presidencia, y ocupar un lugar entre muchos en el conjunto de los cristianos. Louis Sintas tiene que hacer algunas observaciones sobre este punto, y también los Michaud, (ver Francia y CVX, Roma). La distinción entre ignaciano y jesuita no la tenían clara dos jesuitas, en diferentes continentes, que impartieron cursos sobre las *Constituciones* con el fin de establecer una “unión más estrecha”. Parece que promovían algo rechazado de forma explícita por una Congregación Jesuita en 1957, “propuesta de tener un instituto secular afiliado dentro de la Compañía” (CG30, dec. 25, nº6)

De hecho no proponían tal cosa. Estaban intentando cómo lograr que un grupo seglar fuera portador del carisma ignaciano. Estaban intentando lo

mismo que otros socios en Milwaukee y Rio de Janeiro habían intentado ya con éxito durante diez o más años, y que otros socios están intentando (ver Anthony Frendo, Malta). Cómo los laicos vivirán el carisma ignaciano puede ser teóricamente claro, pero la vida real es algo agradablemente menos simple, y más complicado. ¿Cómo puede un socio con esposa y niños, la casa hipotecada, sus negocios profesionales, ir de ciudad en ciudad por razón del *magis*? ¿Trabajarán los socios seculares principalmente en instituciones Jesuitas? ¿O seguirán el carisma ignaciano para comenzar obras propias? ¿Puede el carisma ignaciano vivirse sin soporte institucional, o con sólo el de las CVX?

Afortunadamente, un paso en el traspaso del carisma a los laicos ha quedado claro. La Congregación ignaciana ha ido poniendo énfasis en que el carisma ignaciano significa *misión*. Habíamos entendido esto en primer lugar como participar la misión de la congregación, normalmente en instituciones que nosotros regimos. Así lo han entendido los centros de enseñanza, y también las casas de Ejercicios. La Society of the Holy Child Jesus claramente lo destaca, describiendo a los asociados como mujeres y hombres que tienen sus raíces en el carisma y “participan de nuestra misión” (Compromisos del Capítulo General, p. 17, 1998). La Congregación había entendido durante un largo tiempo – piensen en la experiencia de los centros de enseñanza – que la misión que nosotros compartíamos era la misión de nuestras instituciones. Y así queda el primer significado.

*los laicos están viviendo el carisma ignaciano en el mundo, y lo viven como laicos*

Pero en muchos documentos, el significado se ha amplificado para abarcar toda la misión de Cristo en el mundo. Las Adorers of the Blood of Christ, pocos años después que seis miembros de la Congregación fueran martirizados en Liberia, vieron que “nosotros también estamos llamados a compartir nuestro carisma con los laicos en la misión común de la Iglesia” (Asamblea General XVIII, pt III, sec. A; 1991). La última Congregación Jesuita introduce el concepto de seguir “el carisma ignaciano en el mundo” (CG34, 346) porque, hace notar, que “los laicos son llamados a la santidad y al

compromiso por la fe, la justicia y los pobres, (y) evangelizan las estructuras de la sociedad” (336). Eso es, naturalmente, la definición taquigráfica de toda la misión de la Iglesia en el mundo. Muchos laicos ahora “reconocen su acción como un ministerio cristiano y buscan ser formados y enviados a este servicio” (336). Quizás en este trabajo de definir lo que queremos decir por nuestra misión participada, nosotros creceremos a través del nivel de colegas y comencemos a ser realmente socios.

Porque queda este tercer significado de misión: la misión propia de los laicos, defendida por el Concilio Vaticano Segundo. Qué deba incluir, o no incluir, la misión completa de los laicos, tiene todavía que clarificarse, pero parte de la misión es *la nueva evangelización*. Un número notable de Congregaciones Ignacianas se refieren a ella. En el mismo año en que el P. General escribió su carta, por ejemplo, el Capítulo General de las Doroteas pedía a sus miembros que abriesen más ampliamente su rica tradición de colaboración “de acuerdo con la nueva evangelización necesaria para la Iglesia y el Mundo” (CG XVII, doc 1, nº 7). La última Congregación General Jesuita hizo notar (CG34, 356) que la presencia de Jesuitas y su trabajo en las CVX, y en el entramado apostólico ignaciano que está surgiendo, es la forma cómo la Compañía hace su “contribución específica a la nueva evangelización” (ver Kevin O’Brien, Marylandia).

Esto es ser socios (“partnership”): trabajar juntos en una misión que no pertenece a ninguno y pertenece a los dos. Nos ha impulsado a intentar definir un “lazo estrecho”. La Society of the Holy Child Jesus pidió a cada Provincia que estableciese un grupo de asociados y miembros para redactar criterios para maneras de asociación (CG24, doc 4 “Growing”, pag. 12). La SHCJ insistió – todas las congregaciones lo hacen ahora – en que todos los colegas participaran en este proceso. (*Asociados* algunas veces significa colegas, y algunas veces, como aquí y en Río de Janeiro, y en Malta, socios.)

La Provincia Jesuita de Bélgica Septentrional recibió un ruego, formulado por un grupo de miembros de las CVX, de que definiese este “lazo estrecho”. Durante la Congregación Provincial de 1995, los procuradores se encontraron con un postulado sobre la “sociedad espiritual”, formulado por miembros de las CVX y Jesuitas: Los Laicos, “con nuestra propia experiencia de vida, como laicos y con frecuencia como casados”, no sólo aceptamos y vivimos, sino

que también “contribuimos al carisma ignaciano.” Su asociación permitirá, a la Compañía y a las CVX juntas, “ofrecer este carisma ignaciano como un don del Espíritu a la Iglesia y a la Compañía.” Los laicos pensaban que era sensato que ellos fueran sistemáticamente incluidos en los “procesos de discernimiento sobre las prioridades de la provincia.” Quizás su petición no es más que lo urgido por la última Congregación General: “Cuando hablamos de ‘nuestro apostolado’, no entendemos todos lo mismo por ‘nuestro’” (CG34, doc. 13, 354). Una Provincia al menos, ha incorporado a los laicos en su plan estratégico (ver Juan Miguel Zaldúa, Venezuela).

Otras Provincias han invitado, de forma inesperada, a socios a tomar parte en el gobierno de la provincia. Casi desde que la carta del P. General se hizo pública, la Sra Joyceann Hagen ha sido directora provincial de ministerios pastorales, y la Dra Marie Joyce ha sido consultora de la Provincia de Australia (ver Oregón y Australia). La Compañía de María ha tenido a sus asociaciones laicas presentes en las primeras sesiones de su capítulo general, en 1997, y una Comisión de Laicos prepara actualmente la participación en el próximo capítulo, que se celebrará en 2003, de un grupo de “Laicos de la Compañía de María”. Son números pequeños en el conjunto de todas las Congregaciones. Es una incógnita cuántos, del gran número de religiosos ignacianos, están preparados para llevar a los laicos hasta el nivel de planificación estratégica (ver artículo de Gregory Naik).

Oficialmente todos estimamos que la asociación espiritual es un don positivo de Dios. La Congregación General 31 declaraba que los Jesuitas reciben de sus socios seculares “gran fuerza en nuestra vocación y para nuestra misión” (CG33, 51). Otras Congregaciones han declarado espontáneamente que esa asociación refuerza también y profundiza la propia vida comunitaria de las Congregaciones. En algunos documentos de trabajo sobre la espiritualidad y el carisma, las Hermanas de Notre Dame of Coesfeld esperaban que la participación en esa asociación con el pueblo “revitalizaría la comunidad”. Pero si la asociación con los laicos confirma a la comunidad, también le presenta retos. La última Congregación Jesuita esperaba que el éxito de la asociación dependería no sólo de la renovación apostólica en la misión, sino en igual grado “de la fuerza de nuestra convivencia jesuita” (CG34, doc 13, 353). No permitamos que las fórmulas corteses de lenguaje

oculten lo que se dice: el éxito de la asociación con los seculares depende de cómo funcione la convivencia de los Jesuitas entre sí. Si esto requiere una conversión, es posible que los jesuitas tengan que creer, ellos mismos, lo que sus socios ya creen de ellos: que son muy buenos compañeros. Visto desde fuera, los miembros de otras Congregaciones Ignacianas parece que se encuentran con una llamada semejante a la conversión.

Esto parece encajar con la experiencia casi universal que el abrir las comunidades religiosas a los colegas y socios seculares ha fortalecido la identidad comunitaria, y no la ha debilitado. Sin embargo la mayoría de nosotros reacciona a esta perspectiva de apertura de forma defensiva, como si fuera una amenaza. Quizás estamos amenazados, pero no de una forma banal. Porque el abrir nuestras comunidades y compartir nuestros planes es posible que nos fuerce a reconocer que hemos dado un sentido más bien individualista a la palabra *compartir*. Porque hemos interpretado ‘participar’, de forma principal aunque no exclusiva, como dar gratis lo que hemos recibido gratis. Y así hemos enseñado a los colaboradores todo lo que nosotros conocemos, y les hemos formado libremente. Pero *dar* no abarca el sentido pleno de *compartir*. Pensemos en la Contemplación para Alcanzar Amor, para amar como Dios (EE. 231). Allí *compartir* significa tanto *dar* como *recibir*, *ofrecer* y *aceptar*. Abrir nuestras comunidades y nuestros planes descubre una verdad incómoda: muchos Jesuitas y otros religiosos ignacianos no están tan preparados para recibir. Dar a los demás, sí: pero ¿recibir de otros?

Compartir en su sentido ignaciano más pleno puede ser el paso siguiente en esta evolución. Se llama *reciprocidad*. La Sociedad del Sagrado Corazón, por ejemplo, reconocía en su Capítulo General 2000 que sus miembros han pasado de “colaboración a reciprocidad” (ver documento en las últimas páginas de esta revista). El Capítulo General hablaba de este movimiento en términos de “aceptar y participar lo que cada uno es y ofrece”, y que requerirá “actitudes de confianza y ayuda mutua, de vulnerabilidad y apertura” (CG 2000, p. 27). El Capítulo reconoce que esta reciprocidad tienen un precio. “Tenemos que permitir que nuestras perspectivas sean transformadas por los puntos de vista de otros, mientras que permanecen

fieles a nuestros valores propios”.

No es necesario ser un psiquiatra para ver que es difícil aceptar una perspectiva nueva y al mismo tiempo mantener la suya propia. Permitir que las perspectivas sean transformadas (para no mencionar percepciones, valores, hábitos, etc.) significa un proceso de conversión personal, que no es probable se de sino en el curso de una formación comunitaria. Y por último Ud no tiene que ser un mago, que conoce el futuro, para ver que la *reciprocidad* con nuestros socios laicos y religiosos va a poner a prueba nuestras relaciones personales en el seno de nuestras comunidades. Aplicando una verdad divina, la reciprocidad comienza por los de casa. O no comienza en modo alguno.

Los Oblatos de la Virgen María, cuyo apostolado es aplicar los *Ejercicios Espirituales* al trabajo pastoral, parecen reconocer esto. En la renovación de sus Constituciones, añaden esta norma complementaria: “Nello svolgimento del loro lavoro apostolico, gli Oblati si associno volentieri dei laici, come collaboratori, in modo che le comunità diventino centri di animazione apostolica e spirituale” (V, art. 40, no 4). Tienen en la mente más bien una nueva forma de comunidad religiosa, abierta y activa, abundante en socios y abundosa en participación. Cambio radical desde la comunidad envuelta en la regla del claustro, serena en su caminar al ritmo de ordenadas campanas, y ajustada principalmente por los tiempos de Misa y refecciones.

La carta del P. General y las respuestas de un buen número de amigos y socios sugiere la manera de comenzar a entender el pensamiento final de la Congregación Jesuita sobre la “Cooperación” (doc. 13, 360): “El Espíritu nos está llamando, en cuanto hombres para y con los demás, a compartir con el laicado lo que creemos, somos y tenemos, en creativa hermandad para ayuda de las almas y la mayor gloria de Dios”.

Suena más bien a reciprocidad.

*Traducción : Francisco de Solís SJ*